

Exposición

Biblioteca Central de Cáceres: 2-13 junio
Biblioteca Central de Badajoz: 6-17 octubre

2014

Papel prohibido





PAPEL PROHIBIDO

Un recorrido bibliográfico por algunos
libros prohibidos o censurados

Catálogo de la Exposición celebrada en la
Universidad de Extremadura
Junio-Octubre 2014

Servicio de Biblioteca,
Archivos y Documentación.

Vicerrectorado de Extensión Universitaria
Universidad de Extremadura.

Edita:

Servicio de Biblioteca, Archivos y Documentación de la
Universidad de Extremadura

Responsable de la Exposición:

Unidad Técnica de Comunicación, Difusión y Extensión
Bibliotecaria

Redacción de asientos bibliográficos:

Anunciación Gutiérrez Martínez

Imagen Portada: Nicola Dale

Depósito legal: CC-000157-2014

INTRODUCCIÓN

Censura que algo queda: de curas, barberos y otros guardianes

Enrique Santos Unamuno

A Gregorio Torres Nebrera, hombre de palabra y de palabras, en un mundo escaso de lo primero, *in memoriam*.

"...who kills a Man kills a reasonable creature, Gods Image; but he who destroyes a good Book, kills reason it self, kills the Image of God, as it were in the eye"

John Milton, *Areopagitica* (1644)

"The books that the world calls immoral are books that show the world its own shame"

Oscar Wilde, *The Picture of Dorian Gray* (1890)

Sepa el lector que al transitar estas salas, estas páginas, se adentra en terrenos accidentados y peligrosos, plagados de procesos judiciales y expurgos, de bandos y condenas, de edictos y hogueras. La prohibición, censura y destrucción voluntaria de libros no es sino una de las manifestaciones de la entropía histórica (abocada al desorden), responsable, para más señas, de la eliminación del sesenta por ciento de libros desaparecidos. El otro

cuarenta por ciento, irrelevante en esta sede, es imputable a desastres naturales, accidentes, animales u otros factores de índole cultural. En lo que sigue, nos pasearemos por los anaqueles malditos de la historia de la cultura libresca, tras los pasos de tiranos, inquisidores, teólogos y moralistas. *Hic sunt censores*.

Aunque la censura como cuerpo reglado de doctrinas, procedimientos y agentes parece haber tomado forma definitiva en Occidente coincidiendo con el surgimiento de la cultura impresa (entre pulsiones protonacionales y cismas religiosos), la historia de la destrucción de libros y bibliotecas es tan vieja como la propia escritura. Aniquilar la letra del enemigo político o religioso fue práctica común ya desde la Antigüedad. Buen testimonio de ello es la destrucción, entre muchas otras, de la célebre biblioteca de Alejandría. Una destrucción cuya historia dista mucho de estar resuelta y que cuenta entre sus más que probables candidatos a romanos, cristianos y árabes, sucesivos y diligentes artífices del desastre. Las teas incendiarias de Julio César, los zombis mentales del patriarca Teófilo o las tropas de Omar I contribuyeron de seguro a borrar de la faz de la tierra uno de los proyectos más ambiciosos de la cultura helenística. En el siglo XVIII, Edward Gibbon, quien sufrió también por ello los rigores de la censura en algunos países, no dudó en imputar el hecho a las poco condescendientes masas cristianas en su **Historia de la decadencia y caída del Imperio romano** (*The History of the Decline and Fall of Roman Empire*, 1776-1789). Fuerza es reconocer que la contribución de los seguidores de Cristo a la historia de las prácticas censorias es difícil

de igualar. No se vea en ello maldad ciega, sino más bien una calculada estrategia de adoctrinamiento y cirugía espiritual teñida de indudable modernidad. Filtrar y domeñar el poderoso caudal de la cultura pagana grecolatina, con el problema añadido de su disonante transmisión por parte de la tradición musulmana y de su delicada conciliación con la cultura bíblica judeocristiana, no era sin duda una operación cultural al alcance de cualquiera. Las consecuencias de ese proceso, por momentos una depurada aleación, por veces un torpe *golem*, se van des-plegando a lo largo de la Antigüedad tardía y de la Edad Media, desde la Patrística griega y latina a las *artes poetrie* europeas, pasando por las moralizaciones de textos paganos, las glosas y los comentarios exe-géticos. El Renacimiento será, en buena medida, una pieza más de esa Termomix cultural que los humanistas se empeñarán en disfrazar de retorno a las fuentes.

De esa forma, las musas clásicas se fueron mezclando con la tradición bíblica, sin olvidar la corriente narrativa y sapiencial de matriz oriental (arábica, persa e india) que fluía de manera irregular por la cultura europea. Todo ello no dejó de precisar una paciente labor de traducción y transformación no exenta de conflictos, como testimonian algunos de los libros que forman parte de la presente exposición. Así, la ***Odisea*** de Homero había sido sometida ya en la cultura griega a una copiosa operación alegorizadora, antes y después de que Platón (ss. V-IV a.C.) condenara en *República* la epopeya homérica por motivos morales (comportamiento indecoroso de los dioses) y metafísicos (la ficción como falsa copia del mundo). Si, al decir de Heráclito el Rétor (s. I

d.C.), *casi puede afirmarse que el trato con Homero no termina hasta que la vida toca a su fin*, es obvio que uno de los principales enemigos a batir en las guerras culturales debía ser sin duda el rapsoda ciego, por lo que se hallaba sujeto a continuas controversias, traducciones y transformaciones, encomios y censuras. Una situación que se prolongará al menos hasta las polémicas en torno a la adecuada traducción de la ***Ilíada*** entabladas al hilo de la querrela de Antiguos y Modernos, ya a caballo entre los siglos XVII-XVIII.

La desconfianza ante la labor traductora será precisamente el *quid* de las disensiones en torno a la correcta gestión del texto bíblico (con la *Vulgata* de San Jerónimo como estandarte), agudizadas durante el siglo XVI por el surgimiento del luteranismo y otros desvíos doctrinales. A mediados de dicho siglo, la prohibición de traducir la Sagrada Escritura a la lengua vulgar era ratificada en el *Índice* del inquisidor Valdés, acrecentando además *todos y qualesquier sermones, cartas, tractados, oraciones u otra cualquier escriptura scripta de mano, que hable o tracte de la sagrada Escripura o de los sacramentos de la santa madre Yglesia y religión christiana*. Así las cosas, la decisión de Fray Luis de León de verter del hebreo al vernáculo castellano el ***Cantar de Cantares*** (1561) del rey Salomón fue tan meditada como peligrosa y acabó con los huesos de nuestro fraile en las mazmorras de la Inquisición durante algunos años. Poco gustaban los guardianes de la Palabra de la proliferación de interpretaciones escriturarias místico-alegóricas (resueltas ora en santidad, ora en herejía), aunque la operación de Fray Luis fuera exquisitamente

filológica y racional, como dejó escrito en *De los nombres de Cristo* (1585): *más en lo que toca a la lengua, no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas*. Las cuestiones relacionadas con la traducción, como vemos, serán una constante en la historia de las prácticas censorias en Occidente. Buen ejemplo de ello son también ***Las mil y una noches***, una enmarañada colección de relatos de variada procedencia oriental que no será traducida a una lengua europea hasta principios del XVIII. Los sucesivos libros en que se convirtió dicha obra en manos de sus diferentes traductores, sus metamorfosis entre lo sensual y lo árido, lo exotizante y lo etnográfico, las censuras y traiciones de una versión a otra, fueron objeto de un sagaz ensayo de Jorge Luis Borges que no tendremos la osadía de resumir. Bástenos decir que si Antoine Galland y Edward Lane *desinfectaron las Noches*, Sir Richard Francis Burton las erotizó, el Dr. Mardrus las orientalizó y Enno Littman hizo de ellas un libro *lúcido, legible, mediocre*, en palabras del autor argentino. *Traduttore traditore*.

Pero es tiempo de regresar ahora al surgimiento de la imprenta y al proliferar de nuevas interpretaciones del dogma cristiano, factores ambos determinantes en la publicación de los primeros ***Indices librorum prohibitorum*** por parte de las autoridades eclesiásticas. La censura moderna, religiosa y política a un tiempo, hace así su aparición y empieza a poner a punto su complicada maquinaria de disciplinamiento social, en la que a la cultura libresca se le reserva un papel de excepción. Lectura y herejía serán, en efecto, elementos de un binomio destinado a durar.

Muestra de ello es el grabado correspondiente a la herejía incluido en un libro de tanto éxito como la *Iconologia* de Cesare Ripa, cuya primera edición es de 1593. En dicho grabado, la desviación doctrinal es representada como una anciana desnuda con los pechos caídos y reseco que exhala por su boca el humo de la herejía (el carácter casi etéreo pero nocivo de la palabra oral). La anciana sostiene en una mano un libro del que se escapan áspides y con la otra lanza los ofidios como si de semillas se tratara (plasmando así el poder de difusión de la palabra escrita y su capacidad de germinar en las almas de los incautos lectores). Semillas envenenadas y contagiosas, por cierto, según un paradigma patológico que identifica la enfermedad con la desviación religiosa y la censura con la cirugía preventiva y extirpadora de libros y almas. En el *Índice* del Inquisidor general Bernardo de Sandoval y Rojas (1612) se lee: *el apóstol san Pablo advierte a su discípulo Timoteo que la doctrina de los herejes, además de ser profana y llena de vanidad, es un mal que se pega como cáncer. Y el profeta David [...] dice que están en cátedra de pestilencia; porque con el aliento de su viva voz infectan a sus oyentes.* En efecto, Saulo de Tarso había aconsejado evitar a quienes entablaban discursos profanos y llenos de vanos asuntos, pues su venenosa palabra se extiende sin cesar (*ut cancer serpit*). Las formas de esa pestilencia fueron variadas y proporcionan una cuantiosa cantidad de volúmenes a nuestros estantes malditos.

A no dudarlo, uno de los primeros en esa lista de agraviados fue el humanista holandés Erasmo de Rotterdam, cuyo *Elogio de la locura* (*Moriae Encomium*, 1511), junto al resto de sus obras,

acabó engrosando todos los índices prohibitorios posibles. No es casual que el gran Marcel Bataillon pusiera en relación la *vis philologica* y traductiva de Fray Luis (la misma que, como vimos, le valió procesos y censuras) con el mundo ético y religioso de Erasmo y sus seguidores españoles, en un momento prometedora de posibles renovaciones, a la postre asfixiado por la intolerancia tanto católica como protestante. Tampoco es casual que el teólogo y humanista de vocación europea le confesara en 1517 a su amigo Tomas Moro sus reticencias ante el sucederse de los acontecimientos en la Península Ibérica con un seco non *placet Hispania*. Dicen las malas lenguas que su antisemitismo tuvo parte no pequeña en ese rechazo visceral, pero sin duda en el juicio de Erasmo es posible atisbar también la fundada sospecha de que los reinos ibéricos estaban siendo un buen laboratorio para ensayar la solución final en ámbito religioso. Sea como fuere, Marcelino Menéndez Pelayo, erudito sin par y *hooligan* tridentino y ultracatólico, se despachó a gusto con el holandés en su Historia de los *heterodoxos españoles*, considerándolo filósofo *insignificante*, a más de persona inestable y tornadiza. Como ya señalamos, la frontera entre la herejía y la santidad era cuestión de matices y la idea de un panegírico de la estulticia o sandez (una traducción más acertada que locura) y la simplicidad, línea argumental del citado libro de Erasmo, no cayó bien en la refinada, untuosa y masculina jerarquía apostólica y romana. Otro de los autores presentes en nuestros anaqueles, la deliciosa **Teresa de Ávila**, bordeó peligrosamente esa delgada línea de confín, para acabar cayendo de la parte de los beatos, tras muchos dimes y diretes. Su condición de mujer (naturaleza compartida con el personaje de la Locura que

da voz a la obra erasmiana), unida a sus devaneos místicos y peligrosamente ingenuos, tuvo sin duda que ver con la desconfianza por parte de los censores. En el ejemplar del primer tomo de los escritos de la Santa publicado en 1952 para la **Biblioteca de Autores Españoles** y prologado por Don Vicente de la Fuente, este catedrático de Disciplina Eclesiástica de la Universidad de Madrid comenta, a propósito de los problemillas de Teresa con el Santo Oficio: *había algunos que llevaban á mal el que una mujer se metiera á escribir sobre puntos tan arduos, como son los de Teología mística, faltando á lo que decía san Pablo: Que las mujeres en la Iglesia debían callar.*

No sólo ellas, a juzgar por el trato recibido por filósofos y científicos en el revuelto ambiente imperante en Europa de resultas del Concilio de Trento (1545-1563) y sus restrictivas y autoritarias líneas maestras. Si la simplicidad del creyente no era vista con buenos ojos, tampoco el acumen y la indagación científica cotizaban al alza en los salones vaticanos. Los nombres y las causas son conocidos de todos, destacando la teoría heliocéntrica como golpe definitivo para la astronomía oficial defendida por la Iglesia. Así, si la prudencia y la muerte del polaco Nicolás Copérnico (falleció en 1543) le evitaron problemas mayores (se dice que recibió la copia impresa de su ***De Revolutionibus orbium celestium*** en el lecho de muerte), Johannes von Kepler (autor en 1596 del ***Mysterium Cosmographicum*** que podemos ver aquí en versión francesa) tuvo que ser más cauto, lo que no le evitó a su madre un proceso por brujería en 1620, confirmando lo absurdo y acrítico de cargar todas las tintas de la represión religiosa en el lado

católico. El celeberrimo proceso de Galileo Galilei (autor del *Dialogo sopra i duemas simisistemi del mondo*, 1632) casi no requiere comentario, pues se ha convertido, merced a una ilusión retrospectiva, en un icono de la independencia del científico (*eppur si muove*), pero también (quizá con mucha mayor razón) del miedo como motor de la conducta individual. Ese miedo y la consiguiente autocensura serían el objetivo último de la labor represora, tanto en su versión quirúrgica y judicial como en el caso de los *blanda medicamenta* administrados por medio del confesonario y la corrección espiritual, un aspecto éste magníficamente analizado por la estudiosa extremeña María José Vega Ramos. Más difíciles les resultaron las cosas a los censores con un campeón de la independencia del propio criterio y razón como Giordano Bruno, *heretico impenitente, pertinace et ostinato* (como reza su sentencia), quemado vivo en Campo di Fiori el 17 de febrero de 1600, tras un complejo proceso donde el pensador italiano dejó claro el porqué de su identificación con el verso ariostesco: *d'ogni legge nemico e d'ogni fede*. La trabajosa vida de Bruno, su continua peregrinación por Europa, sus incansables investigaciones y lecturas, su sencilla y firme independencia de pensamiento, su triunfo final más allá de la muerte, siguen haciendo de él un personaje fascinante para todos aquellos reacios aún hoy a comulgar con ruedas de molino. Los diálogos que forman ***De l'infinito universo e mondi*** (*Del infinito: el universo y los mundos*, 1548), como el resto de la obra bruniana, serán incluidos en los índices de libros vitandos. En dichos diálogos se sientan las bases de una moderna cosmología, infligiendo un golpe mortal a

las teorías de raigambre aristotélica, pero al mismo tiempo poniendo en crisis los modelos heliocéntricos ligados aún a la idea del relojero supremo. Para los censores, un hereje menos. Para la cultura europea, la posibilidad de seguir avanzando en el desencantamiento del mundo. No obstante, pecaríamos de candidez si pensáramos que la defensa de los dogmas frente a la actitud racional y científica es cosa del pasado, de guerras entre inquisidores y frailes. Prueba de ello es la complicada historia de un libro tan importante como ***El origen de las especies*** (*On the Origin of Species*, 1859-1872) de Charles Darwin, cuyas vicisitudes en la España de la segunda mitad del siglo XIX permiten explicar muchas cosas del panorama actual y de cierta deriva neoconservadora y nacional-católica. Pero para tener otras muestras de ello, no hace falta remontarse a la Segunda Cuestión Universitaria (1875) y a la creación de la Institución Libre de Enseñanza. Tan tarde como en 1971, por ejemplo, el programa *Planeta azul*, realizado por el desaparecido Félix Rodríguez de la Fuente, fue intimado, a instancias del asesor religioso (*sic*) del Ministerio de Información y Turismo, el Reverendo Santos Beguiristáin, a no volver a hablar en antena de la teoría evolucionista. Por si acaso, como medida preventiva, el programa pasó de ser emitido los lunes a las 21,30h a los domingos a las 19,00h. Para cerrar el círculo, en un artículo publicado *ad personam* ese mismo año por Juan Bonelli en *Roca Viva. Revista de pensamiento y vida cristianos*, este geógrafo e ingeniero explicita *apertis verbis* su predilección por la duda ametódica: *no es lícito sembrar el error y ofrecer como verdad lo que [es] peligroso,*

peligroso camino seguro para llegar a un ateísmo pseudocientífico.
Que inventen ellos.

A propósito de las dudas y de sus peligrosas plasmaciones textuales, es preciso ahora volver atrás en el tiempo para encontrar a dos autores fundamentales como Michel de Montaigne y Blaise Pascal. Cada uno a su manera, ambos se hallan acomunados por una fuerte identidad de escritura basada en la experimentación y rotura de los géneros textuales ligados al pensamiento y la indagación interior. Los **Essais** (1580-1588) de Montaigne dan lugar al ensayo como género literario, inclasificable a la sazón. Consciente de lo arriesgado de su operación de cara a los filtros censorios, el **seigneur de Montaigne** se apresura, con fina ironía pero en vano, a distinguir, por inconmensurables, entre los *discours instruisants* propios de la teología y del dogma y los *discours instruisables*, como los acometidos por él mismo en sus pesquisas ensayísticas. También Pascal dará a luz un libro insólito por inexistente, inacabado y en apariencia informe, publicado por primera vez en 1669, tras la muerte del autor, y ya desde entonces sujeto a supresiones y acomodos por miedo a las posibles censuras antijansenistas. Lo que en origen debía haber sido un tratado al uso titulado *Apologie de la religion chrétienne* se convirtió en **Pensamientos** (*Pensées*), un libro extraño con una trabajadísima historia editorial. Tanto en el caso de Montaigne como en el de Pascal, la peculiaridad de la forma textual de sus obras responde a la añeja pregunta, de base aristotélica, relativa a la forma del yo. Si las respuestas clásicas (de la ética a la caracterología) consideraban el yo como algo preciso y bien configurado, estable y

fijo, susceptible de ser identificado, definido, clasificado y ubicado según un modelo topológico, al otro tipo de enfoque, el ligado al yo informe o proteico y a los géneros del ensayo y la máxima, le corresponde el descubrimiento de los pliegues y las profundidades del sujeto, siguiendo un modelo anatómico que trata de penetrar en las capas más escondidas y secretas del yo. No sorprende que semejante actitud, indudablemente moderna, se topara de bruces con los guardianes de la textualidad y la conciencia, poco dispuestos a abrir la puerta a las simas barruntadas por un modelo de acceso aleatorio y geología abismal.

Con anterioridad, nos hemos referido a la confluencia de una tecnología (la imprenta) con la explosión de un sistema de creencias (las diversas pulsiones reformistas) como factor determinante en el surgimiento e institucionalización de la censura moderna en cuanto medida de profilaxis aplicada a los discursos religiosos, científicos y de pensamiento. Para regocijo de nuestro lector, hastiado quizá de antiguallas, latines y filosofías escolásticas o cabalísticas, cabe preguntarse también acerca del papel desempeñado por los géneros ficcionales en ese mismo nudo situado a caballo entre la difusión creciente del libro, la diversificación de los varios tipos de lecturas y lectores, la proliferación de interpretaciones y la imparable fragmentación de los dogmas y las sectas. Nuestros estantes cuentan aquí sin duda con nombres sonados. Mención aparte merece, e ese respecto, el ***Decameron*** de Giovanni Boccaccio, un texto de mediados del siglo XIV tocado por el don de la controversia, entre las proclamas de superioridad lingüística de toscanos e italianos y las acusaciones de blasfemia y proccidad.

Las numerosas, divertidas y salaces alusiones a las relajadas costumbres del estamento clerical serán rentabilizadas en un contexto renovado por los apologetas protestantes del siglo XVI con el fin de columbrar en Boccaccio una prefiguración de las denuncias y las tesis de Lutero. Consecuencias negativas e inmediatas de dicha operación, identificada con lo que el Concilio de Trento bautizará como *malitia temporum*, pueden verse en la versión expurgada y *ricorretta* del *Decameron* aparecida en 1573. Versión insuficiente aun así a la hora de saciar las ansias censoras de personajes tan poco dados a la broma como Paolo Costabili, Maestro del Palazzo Reale a partir de ese mismo año, quien en la siguiente década engrosaría no poco los índices de libros prohibidos con una nutrida presencia de la literatura ficcional en lengua vernácula, incluido el clásico de Boccaccio, corregido o no. A esa ralea de fábulas malditas e irreverentes pertenecía ya el texto seminal de la literatura picaresca, culpable de los mismos o peores pecados anticlericales que su antecesor toscano. En efecto, el castellano ***Lazarillo de Tormes*** (1554) aparecía ya por derecho propio en el índice prohibitorio del inquisidor Valdés (1559). No sorprende entonces que tan peligroso libro figurara, en una edición desconocida hasta entonces, en la biblioteca quinientista, clandestina y emparedada descubierta en Barcarrota (Badajoz) en el verano de 1992 y perteneciente con seguridad a algún curioso lector del siglo de oro amante del riesgo y las materias controvertidas.

Si decamerones y lazarillos, por muy ficcionales que fueran, podían acabar por deslizarse hasta pisar terreno peligroso en lo

tocante a la fe y el dogma, pecaban asimismo (junto a la literatura de caballerías, la lírica amorosa o la prosa sentimental) de lujuriosos y lascivos, contraviniendo de forma directa la regla VII del concilio tridentino, que condenaba sin paliativos los libros *qui res lascivas, seu obscoenas ex professo tractant, narrant aut docent*. La ficción y la lírica pasan a convertirse así, a juzgar por los discursos de teólogos y moralistas, en inmejorable ocasión libidinosa de *morosa delectatio* (el regodeo en la concupiscencia de nuestros maliciosos educadores), *lectio curiosa de turpibus* (el ánimo de leer sobre comercio de amores) o *fornicatio cogitata* (que no precisa de comentarios). Una deriva pudibunda que, contra lo que pudiera pensarse, tuvo un relajado ámbito de aplicación en los territorios de la monarquía hispánica. De ello se benefició, por ejemplo, un libro como **La Celestina** (1499), que a la altura de 1583 aún no aparecía en el índice de Gaspar de Quiroga, mientras sí lo hacía en documentos semejantes publicados en otras partes de Europa. Ya Fray Luis había advertido del daño que se deducía del andar el vulgo más interesado en libros de caballerías y celestinas que en las sagradas letras, por otra parte tan protegidas y recónditas para el lego. Le harán eco los teólogos y moralistas redactores de sucesivos proyectos censorios, que se lamentarán con insistencia de la relajación existente en la persecución institucional de la literatura obscena encarnada en libros *qualis sunt quos vocant Celestinam, Dianam, etc.*

De aquellos polvos del puritanismo cristiano vinieron muchos y sucesivos lodos, a partir ya de la incipiente época burguesa y sin interrupción hasta nuestros días. Cumplida muestra de todo ello

podremos obtener si observamos en nuestros anaqueles parejas de libros tan curiosos como los de Samuel Richardson y el Marqués de Sade, respectivamente. ***Pamela, or Virtue Rewarded*** (1740) es un ambiguo canto a la inocencia femenina y al ascenso social a golpe de acoso que tuvo la paradójica fortuna de ofender a los más delicados. Por su parte, ***Justine ou les malheurs de la vertu*** (1791-1797), que ya desde el título no escondía su vocación de *contrafactum* polémico respecto a Richardson, corrió la misma suerte, si bien de forma bastante más previsible, visto su potencial eversivo. Mediado ya el siglo XIX, ***Madame Bovary*** (1857), de Gustave Flaubert, protagonizó un sonoro proceso judicial el mismo año que las flores malignas de Charles Baudelaire pero con resultado opuesto (el primero fue absuelto y el segundo condenado). En realidad, por lo que respecta a la novela de Flaubert, las implicaciones de la censura son anteriores al proceso, pues los propios editores de la *Revue de Paris* realizaron (con gran enfado del novelista) cautas supresiones del material original en su aparición por entregas, supresiones incluidas de nuevo en la edición en volumen de 1857, colocado en la lista negra de la Iglesia ya desde 1864. El siglo XIX es en verdad una época de ambigüedades en la que la separación de esferas decretada por Immanuel Kant (que tampoco escapó a las censuras) en ***La crítica de la razón pura*** (*Kritik der reinen Vernunft*, 1781-1787) permite grandes escándalos, grandes condenas y gran promoción social de los escritores, empeñados en llevar adelante la autonomía del campo literario aun a costa de entregar su alma al poder. ***II piacere*** (1889), del italiano Gabriele D'Annunzio, es tan falso y

acartonado como su megalómano autor, siempre en busca del escándalo histriónico y la distancia social. Nunca sabremos qué pensaría el viejo inspirador del fascismo de haber llegado a sus oídos que en las navidades de 2003 un ejemplar de su novela fue enviado como libro-bomba a Romano Prodi, conspicuo representante de la democracia cristiana italiana más pacata y por entonces presidente de la Comisión Europea. No teman, todo salió bien: Prodi resultó ileso y el libro quedó hecho cenizas.

El siglo XX no se ahorró tampoco sus escándalos literarios de base sexual y puritana, con una inflación de incidencias en los dorados años 20. Comparadas con las acusaciones movidas contra los títulos de esta porción de estante, las pretendidas obscenidades de la descarriada Emma Bovaryse tornan *peccata minuta*. El proceso por obscenidad incoado en Estados Unidos contra el ***Ulysses*** (1922) de James Joyce retrasará la primera edición del libro en un país de lengua inglesa hasta 1934. La edición británica llegará sólo dos años más tarde, en 1936, mientras la edición estadounidense de 1948 presenta cortes significativos. El bueno de Joyce ya se había enfrentado antes al fervor de la pureza cuando su propio editor quemó 999 de los 1000 ejemplares que componían la primera edición de ***Dublinese*** (*Dubliners*, 1912). Esperando un tren en una estación holandesa, de regreso a Trieste, el autor irlandés compondrá su divertido poema "Gas from a burner" pensando en la fanática epirosis dublinesa. Pero si la masturbación y otras menudencias habían sido el origen del veto al Ulises, la gota que colmó el vaso llegó con ***El pozo de la soledad*** (*The Well of Loneliness*, 1928), una más que púdica novela

autobiográfica de la autora Radcyffe Hall centrada en las relaciones lésbicas y su difícil acomodo en una sociedad sexualmente represiva. La incendiaria campaña desencadenada por el Sunday Express de James Douglas fue seguida de un rocambolesco proceso que amplificó como por ensalmo la receptividad de los mercados culturales, convirtiendo un texto mediocre en una promesa de lo prohibido.

Sin duda, uno de los casos más sonados de esta historia rosa (o negra) de la *pruderie* literaria es el protagonizado por ***El amante de Lady Chatterley*** (*Lady Chatterley's Lover*, 1928), de D. H. Lawrence. La novela fue publicada por primera vez en una edición privada estampada en Florencia, como prueba de las fundadas sospechas del autor en lo tocante a la capacidad de la sociedad británica para digerir su texto. Las explícitas relaciones sexuales y amorosas entre una mujer de buena posición social y un representante masculino de la *working class* desencadenarán un *pandemonium* de censuras y condenas y no permitirán publicar la versión íntegra de la novela en el Reino Unido hasta 1960. A decir verdad, no parece infundada la sospecha de que el origen del pánico moral desatado alrededor de la novela proceda más de la percibida amenaza de disolución de la polarizada sociedad británica que de la aducida obscenidad de situaciones y registros lingüísticos. En cualquier caso, la cadena de procesos y condenas en países como Australia, Canadá, India o Japón parece dar fe del poder corrosivo de la novela de Lawrence. O quizá simplemente atestigua la infinita estupidez de algunos censores, cuyo fuego purificador acaba por transformarse en un potente reflector,

obteniendo el efecto contrario al deseado. De ello era muy consciente el crítico Orville Prescott quien, en una reseña con motivo de la aparición en los USA de la sonada novela de Vladimir Nabokov **Lolita** (1955), reseña aparecida en The New York Times en agosto de 1958, se lamentaba del teatrillo montado en Francia en torno a la prohibición de la novela. Todo ello no para defender el texto de Nabokov sino para quejarse de los posibles efectos contraproducentes de la censura, capaz de crear un halo morboso (y atractivo) en torno a aquello que pretende limitar: *certain books achieve a sort of underground reputation before they are published. Gossip arouses expectations that they are even nastier than the last succès de scandale. Lolita*, otro de los títulos de nuestra selección, estaba destinado a ser, en efecto, uno de esos libros, sobre todo desde que se cruzó en su camino la homónima e impresionante versión cinematográfica de Stanley Kubrik (1962), cuya alargada sombra la novela no ha podido sacudirse hasta hoy, en una prueba palpable de la jerarquía cultural invertida motivada por la llegada de la cultura audiovisual. La hipocresía y la atracción morbosa de buena parte de la sociedad por la pedofilia harían el resto.

Si los últimos ejemplos nos han llevado desde las censuras inquisitoriales alto modernas hasta los procesos por obscenidad propios de la edad burguesa, cabe preguntarse ahora por el destino de las censuras prohibitorias y expurgatorias de índole religiosa y política una vez iniciada la disolución del Antiguo Régimen, sobre todo en aquellos países protestantes que vieron pruebas fehacientes de dicha disolución. No por casualidad, incluso el índice

de libros prohibidos del inquisidor Pérez de Prado y Cuesta (1747) habla ya de *la abundancia de libros que cada día derraman el genio del siglo, que se alimenta de la novedad, haciendo asunto de la sátira contra lo sagrado y profano*. Es sin duda el caso de Gran Bretaña y de una obra hoy leída casi como clásico infantil, pero con una complicada historia editorial ligada a los procesos censorios. Nos referimos a **Los viajes de Gulliver** (*Gulliver's Travels*, 1726), un libro de Jonathan Swift con un fuerte contenido político y satírico, tanto que el propio editor, Benjamin Motte, suprimió pasajes del manuscrito (quizá ya de mano ajena a la del autor, movido de previsora prudencia) por considerarlos políticamente peligrosos, e incluso añadió de su cosecha elogios a la reina con ánimo pacificador. La edición de Georges Faulkner (1735), mucho más vigilada por el autor, incluirá, además de los pasajes suprimidos o enmendados por Motte, una supuesta carta de Gulliver a un tal Sympson donde, a través de su personaje, Swift arremete contra el mendaz editor: *but I do not remember I gave you power to consent that any thing should be omitted, and much less that any thing should be inserted*. Menos accidentadas las vicisitudes censorias de otras obras políticamente incómodas presentes en la exposición como son el Contrato social (*Du Contrat Social ou Principes de l'ordre politique*, 1762) de Jean-Jacques Rousseau, los **Principios de economía política** (*The Principles of Political Economy: with some of their applications to social philosophy*, 1848) de John Stuart Mill o la **Historia de los papas en la época moderna** (*Die römischen Päpsten in den letzten vier Jahrhunderten*, 1834-1836) de Leopold von Ranke.

Ya en el siglo XX, nuestro estante nos presenta un libro triste y carente de interés como el **Mi lucha** (*Mein Kampf*, 1925-1928) de Adolf Hitler, que goza de una resonancia inmerecida por mor de los abominables actos de su autor. El propio Hitler debía ser consciente de su superioridad como orador cuando en el Prefacio a su libro escribe: *yo sé que los partidarios conquistados por medio de la palabra escrita son menos que los conquistados merced a la palabra hablada y que el triunfo de todos los grandes movimientos habidos en el mundo ha sido obra de grandes oradores y no de grandes escritores*. Desgraciada-mente, el *Führer* tenía razón, al menos en su caso. Consecuencia de sus dotes oratorias y de su aversión por lo escrito serán las quemadas de libros degenerados orquestadas por el Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels en los años 30. Entre ellos, **La metamorfosis** (*Die Verwandlung*, 1915) de Franz Kafka y la novela pacifista **Sin novedad en el frente** (*Im Westen nichts Neues*, 1929), de Erich Maria Remarque. Pero si de resonancia política se trata, el duro retrato de la Gran Depresión estadounidense trazado por John Steinbeck en **Las uvas de la ira** (*The Grapes of Wrath*, 1939) tiene el mérito de haber recibido tantos premios y reconocimientos como condenas y actos hostiles. Inmediatamente vetado en el condado californiano de Kern, cuya clase agrícola no salía bien parada en las páginas de la novela, el libro fue también ritualmente quemado el mismo año de su aparición en la St. Louis Public Library y en otros tantos lugares de la geografía norteamericana. La campaña de desprestigio y las acusaciones de comunismo subversivo no impedirían (cuando no facilitarían) que el personaje de Tom Joad

acabara siendo un icono de la cultura de lucha y movilización de la clase trabajadora estadounidense. Dos célebres canciones, firmadas respectivamente por Woody Guthrie ("The Ballad of Tom Joad", 1940) y Bruce Springsteen ("The Ghost of Tom Joad", 1995) dan muestra de la enorme potencia de Steinbeck, su prosa y su mundo imaginario, en un camino de ida y vuelta desde las víctimas del *Dust Bowl* de los años 30 a los espaldas mojadas de la frontera mejicana a día de hoy. Muy diferente el caso de ***Matar a un ruiseñor*** (*To kill a Mockinbird*, 1960), de la escritora sureña Harper Lee, una especie de ***La cabaña del Tío Tom*** (*Uncle Tom's Cabin*, 1852) puesto al día que fue absorbido muy pronto por el ciclón de los conflictos raciales y la lucha por los derechos civiles de los afroamericanos, todo ello condimentado con el morbo de una violación presuntamente interracial. Los puritanos y suprematistas siguen escandalizándose por el motivo conductor de la violación y por el humanismo liberal que rezuma el texto, mientras las trincheras más aguerridas del culturalismo vapulean la novela desde las cátedras de lo políticamente correcto y de la necesidad de explicitar una location social, racial y sexual.

Si para Jean-Paul Sartre *el infierno son los demás*, toda una serie de narraciones literarias han plasmado esa idea en forma de distopías (infiernos en la tierra), despertando no pocas veces un celo inquisitivo que sólo puede hablar a favor del realismo moral subyacente a esas ficciones. Es el caso de los últimos títulos de nuestra selección. El pesimismo antropológico de ***El señor de las moscas*** (*Lord of the Flies*, 1954), de William Golding, una novela centrada en la sutil línea que separa la civilización de la barbarie, ha

sido vetado a partir de los años 70 en numerosas ocasiones por escuelas de Estados Unidos y Canadá. Su carácter de lectura inapropiada residiría en su efecto desmoralizador, su crudo y explícito lenguaje referido a las minorías (raciales y sexuales) y su poco temor de Dios. Por su parte, las vicisitudes censorias de ***La naranja mecánica*** (*A Clockwork Orange*, 1962), del mancomunado Anthony Burgess, son menos lineales y merecen un comentario. Aunque el libro responde a una estructura simétrica (3 partes con 7 capítulos cada una, por un total de 21), las ediciones norteamericanas anteriores a 1986 suprimieron el capítulo final por su carácter de palinodia y arrepentimiento por parte del violento protagonista (idéntica supresión aparece también en la versión castellana publicada por Minotauro en 1976 y en sus sucesivas reimpresiones). En la visión comercial de los editores estadounidenses, el hecho de que Alex decidiera enmendarse y cambiar de vida no casaba bien con las expectativas del lector local, habituado a finales menos moralistas y más abiertos. Como en el caso ya reseñado de la *Lolita de Nabokov*, la aparición en 1971 de la versión cinematográfica de la novela, también de Kubrik, lanzó el libro a una nueva vida, no sin fagocitarlo. Las controversias y debates morales en torno a la película se trasladaron al texto literario original, sujeto a prohibiciones y censuras en Estados Unidos a partir de entonces, con gran enfado de Burgess, que llegó al punto de repudiar su obra. En una posterior biografía de D. H. Lawrence, el propio autor emparentará los escándalos surgidos alrededor de ***La naranja mecánica y El amante de Lady Chatterley***, achacando el revuelo en ambos casos a un problema de mala interpretación.

Concluimos ya nuestro viaje por las catacumbas de la censura con otros dos libros celebérrimos, distópicos y especulares. La historia de la novela de Aldous Huxley shakespearianamente titulada ***Un mundo feliz*** (*Brave New World*, 1932) está marcada por sucesivos incidentes censorios, motivados por el pesimismo presente en sus páginas y por su supuesto mensaje antirreligioso y antifamiliar. Por otro lado, la novela de Georges Orwell titulada ***1984*** (*Nineteen Eighty-four*, 1949) se ha convertido ya en uno de esos libros clásicos cuyo enorme impacto en el imaginario colectivo de una sociedad cada vez más vigilada releva de su lectura (el *Gran Hermano* será ya para siempre más un programa de televisión que un personaje literario). En el caso de la novela de Orwell, la censura interesa más como elemento presente en el mundo ficcional de la novela que como elemento de la historia material del texto. El Ministerio de la Verdad (el Minitru) para el que trabaja Winston Smith, el protagonista de la trama, tiene por cometido, en efecto, el control y filtrado de la información y la reelaboración de un pasado a medida de los gobernantes. Como ya señalara Neil Postman en su *Amusing Ourselves to Death* (1985), si la distopía de Orwell nos presenta un mundo represivo en el que los poderes privan al común de la población del acceso libre a los recursos informativos, el mundo feliz de Huxley anticipaba una sociedad afluente en la que el exceso de dicha información conllevaría la narcosis ideológica y la pasividad de los ciudadanos: *in the Huxleyan prophecy, Big Brother does not watch us, by his choice. We watch him, by ours*. Nos hallamos quizás ante una reformulación de la dualidad ya señalada por María José Vega para referirse a los oficios de la censura

européa altomoderna: por una parte, una censura orwelliana *fuerte*, basada en la idea quirúrgica de la extirpación (índices de libros, denuncias judiciales, censura de Estado); por la otra, una huxleyana censura *difusa*, diluida en las redes del control de las emociones o la imaginación y de la corrección de las mentes, según un paradigma profiláctico de prevención y autocensura interiorizada.

En realidad, ambas modalidades siguen poblando nuestros paisajes cotidianos, pero el terreno de la censura represiva o alopática no se ve sólo en la prohibición o la imposición de los libros. Hoy día, el paradigma orwelliano de la universidad franquista, con sus listas de disciplinas aconsejables o peligrosas, sigue proponiendo un especial tipo de censura en muchos departamentos y ateneos humanísticos españoles, algunos de cuyos miembros sólo piensan en términos de cotas de poder, negociando con créditos a cambio de prebendas, hipotecando el futuro de las facultades en nombre de postulados epistemológicos que desconocen y causando un daño casi irreparable a la necesaria modernización e internacionalización de la universidad española. Por otro lado, el mundo (no tan) feliz de Huxley domina desde hace ya tiempo la burbuja de indicadores y baremos de calidad impuestos al mundo universitario por una vulgata psicopedagógica que parece a veces confundir el nombre y la cosa. Mira a tu alrededor y reflexiona, amigo lector, porque cuando abandonas estas salas, estos anaqueles, no habrás dejado atrás los territorios de la censura. *Prevente, huésped, en ajeno daños.*

CATÁLOGO

[1] Homero

Odisea. Vol. III (Libri IX-XII) / Omero; introduzione, testo e commentato a cura di Alfred Heubeck; traduzione di G. Aurelio Privitera. 7^a ed. Verona: Fondazione Lorenzo Valla, 1998.

OMERO
ODISSEA
VOLUME III
LIBRI IX-XII
A CURA DI ALFRED HEUBECK
TRADUZIONE DI G. AURELIO PRIVITERA



EDIZIONE LORENZO VALLA ALESSANDRO MONDADORI EDITORE

[2] León, Luis de, 1527-1591

Cantar de Cantares de Salomón / según la versión castellana de Fray Luis de León. Hizo este libro Javier Alcaíns. [S.I]: M. Moleiro, D.L. 2000.



[3] Las mil y una noches: Antología /
edición y prólogo de Juan Vernet.
Barcelona: Salvat; Madrid: Alianza,
1970.



[4] Boccaccio, Giovanni, 1313-1375

Decameron / Giovanni Boccaccio; a
cura de Vittore Branca. Milano:
Mondadori, 1989.



[5] Chaucer, Geoffrey, ca. 1340-1400

Cuentos de Canterbury: prólogo general: (traducción en verso) / Geoffrey Chaucer; Bernardo Santano Moreno, coordinador de la edición y traductor en colaboración con otros coautores-traductores, Miguel Guardiola Martínez [et al.]; ilustraciones Cristina Valiente. Cáceres: Universidad de Extremadura, 2013.



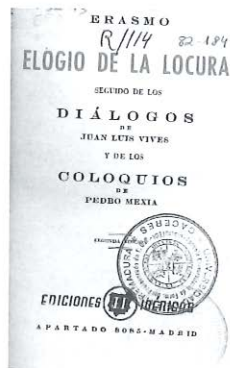
[6] Rojas, Fernando de, ca. 1470-1541

La Celestina / Fernando de Rojas; edición, introducción, notas y actividades de Francisco Bautista. Barcelana: edebé, 2008.



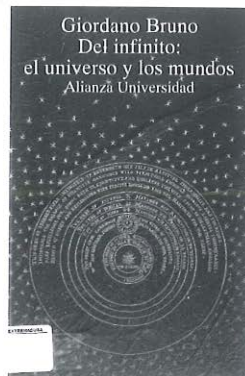
[7] Erasmus, Desiderius, 1467-1536

Elogio de la locura seguido de los Diálogos de Juan Luis Vives y de los Coloquios de Pedro Mexia / Erasmo de Rotterdam. Madrid: Iberia, 1961.



[8] Bruno, Giordano, 1548-1600

Del infinito: el universo y los mundos / Bruno Giordano; traducción, introducción y notas de Miguel A. Granada. Madrid: Alianza Ed., D.L. 1993.



[9] Kepler, Jean, 1571-1630

Le secret du monde / Jean Kepler; introduction, traduction et notes de Alain Segonds; a partir d'un essai initial de Louis-Paul Cousin. Paris: "Les belles lettres", 1984.



[10] Teresa de Jesús, Santa, 1515-1582

Escritos de Santa Teresa / añadidos e ilustrados por Vicente de la Fuente. Madrid: Atlas, 1952.



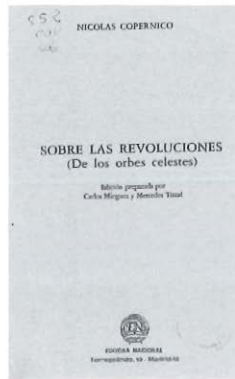
[11] *La vida de Lazarillo de Tormes y sus fortunas y adversidades* /

edición y notas de Julio Cejador y Frauca. Madrid: La Lectura, 1914.



[12] Copernicus, Nicolaus, 1473-1543

Sobre las revoluciones (de los orbes celestes) / Nicolas Copernico; edición preparada por Carlos Mínguez y M. Testal. Madrid: Ed. Nacional, 1982.



[13] Galilei, Galileo, 1564-1642

Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo ptolemaico y copernicano / Galileo Galilei; edición de Antonio Beltrán Marí. Madrid: Alianza Ed., 1995.

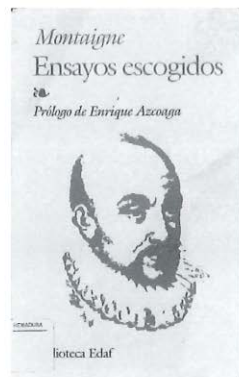
Galileo Galilei



Diálogo sobre
los dos máximos sistemas
del mundo ptolemaico
y copernicano
Alianza Editorial

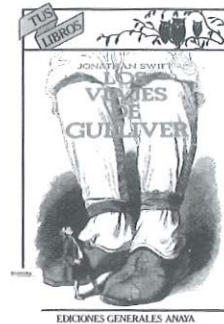
[14] Montaigne, Michel de, 1533-1592

Ensayos escogidos / Michel de Montaigne; traducción de Enrique Azcoaga. Madrid: Edaf, 1999.



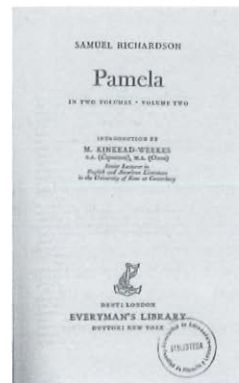
[15] Swift, Jonathan, 1667-1745

Los viajes de Gulliver / Jonathan Swift.
2ª ed. Madrid: Anaya, 1982.



[16] Richardson, Samuel, 1689-1761

Pamela: in two volumes / Samuel Richardson; introduction by M. Kinkead-Weekes. Reprint. London: Dent, 1974.



**[17] Rousseau, Jean-Jacques,
1712-1778**

El contrato social / Jean-Jacques Rousseau; introducción del francés por Consuelo Berges. 3ª reimp. Madrid: Aguilar, 1978.

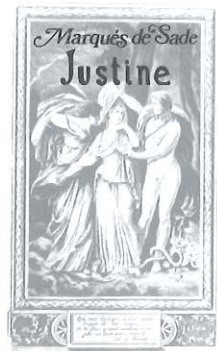
ROUSSEAU

EL CONTRATO SOCIAL



[18] Sade, Marquis de, 1740-1814

Justine / Marqués de Sade. 3ª ed. Madrid: Fundamentos, 1984.

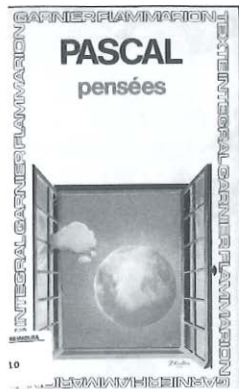


espiral / ficción

3ª ed.

[19] Pascal, Blaise, 1623-1662

Pensées / Pascal; texto établi par
León Brunschvicg. Paris: Garnier-
Flammarion, cop. 1976.



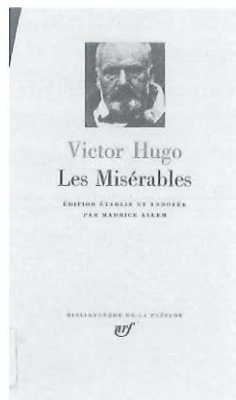
[20] Kant, Immanuel, 1724-1804

Crítica de la razón pura / Immanuel
Kant; prólogo, traducción, notas e
índices Pedro Ribas. Madrid: Alfaguara,
1978.



[21] Hugo, Victor, 1802-1885

Les misérables / Victor Hugo; édition établi et annotée par Maurice Allem. Paris: Gallimard, 1951.



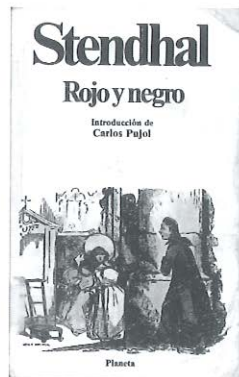
[22] Ranke, Leopold von

Historia de los Papas en la época moderna / Leopold von Ranke; traducción directa por Eugenio Imaz. 3ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1963.



[23] Stendhal, 1783-1842

Rojo y negro / Stendhal (Henry Beyle);
introducción de Carlos Pujol.
Barcelona: Planeta, 1980.



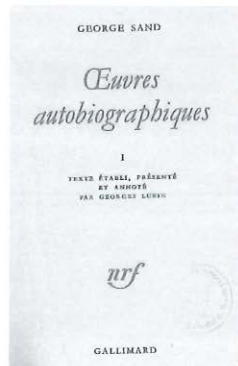
[24] Dumas, Alejandro, 1824-1895

La dama de las camelias / Alejandro
Dumas (hijo) Madrid: [s.n], 1920
(Novela teatral)



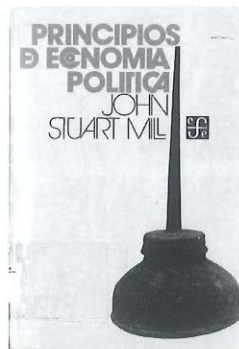
[25] Sand, George, 1804-1876

Oeuvres autobiographiques / Georges Sand ; texte établi, présenté et annoté par Georges Lubin. Paris: Gallimard, cop. 1970-1971. 2 vols.



[26] Mill, John Stuart, 1806-1873

Principios de Economía Política: con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social / John Stuart Mill; edición e introducción de W. J. Ashley. [2ª ed., 1ª reimp.] México: Fondo de Cultura Económica, 1978.



[27] Darwin, Charles, 1809-1882

El origen de las especies / por Charles Darwin ; ilustrada con grabados .
Buenos Aires: Albatros, [s.d.] (imp. 1965). Tomo I.



[28] Carroll, Lewis, 1832-1898

Alicia en el país de las maravillas / Lewis Carroll; ilustraciones de John Tenniel;
traducción y prólogo de Jaime de Ojeda.
Madrid: Alianza, 1970.



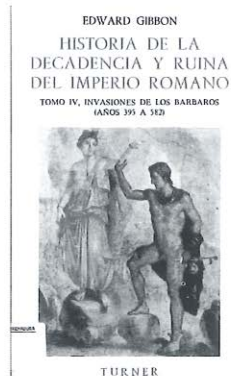
[29] Flaubert, Gustave, 1821-1880

Madame Bobary / Gustave Flaubert;
chronologie et preface par Jacques
Suffel. Paris: Garnier-Flammarion, cop.
1966.



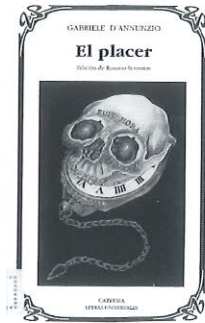
[30] Gibbon, Edward, 1737-1794

*Historia de la decadencia y ruina del
Imperio Romano* / Edward Gibbon.
Madrid: Turner, 1984. 8 Tomos.



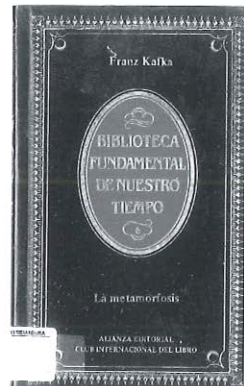
[31] D'Annunzio, Gabriele, 1863-1938

El placer / Gabriele D'Annunzio ; edición de Rosario Scrimieri. Madrid: Cátedra, 1991.



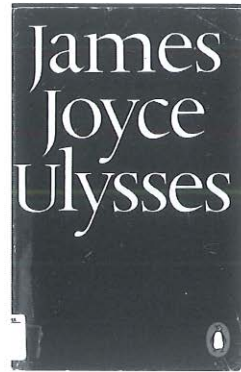
[32] Kafka, Franz, 1883-1924

La metamorfosis / Frank Kafka. 18ª ed. Madrid: Alianza: Club Internacional del Libro, 1984.



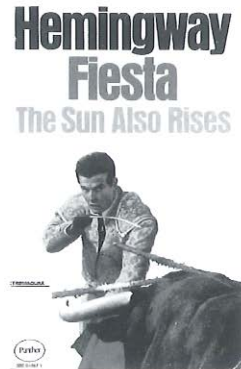
[33] Joyce, James, 1882-1941

Ulysses / James Joyce; with *Ulysses: a short story* by Richard Ellmann. Reprint. Midlesex, England: Penguin Books, 1975.



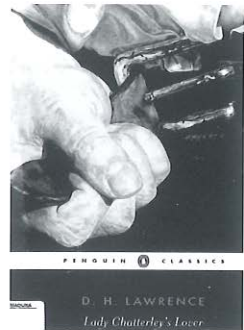
[34] Hemingway, Ernest, 1899-1961

Fiesta / Ernest Hemingway. St. Albans: Triad: Panther, 1956.



[35] Lawrence, D.H, 1885-1930

Lady Chatterley's Love / D. H. Lawrence; with an introduction by Doris Lessing. London [etc]: Penguin Books, 2006.



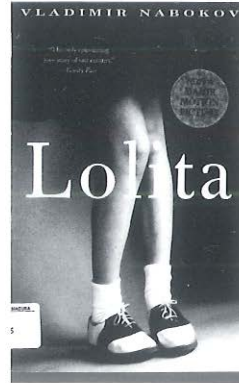
[36] Huxley, Aldous, 1894-1963

Un mundo feliz / Aldous Huxley. Barcelona: Plaza & Janés, 1980.



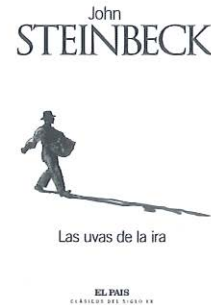
[37] Nabokov, Vladimir, 1889-1977

Lolita / Vladimir Nabokov. 2nd ed. New York: Vintage International, 1997.



[38] Steinbeck, John, 1902-1968

Las uvas de la ira / John Steinbeck; traducción de María Coy. Madrid: El País, D.L. 2002.



[39] Frank, Anne

Diario / Ana Frank; traducción de Diego Puls. 9ª ed. Barcelona: Plaza & Janés, 1999.



[40] Orwell, George, 1903-1950

1984 / George Orwell; traduit de l'anglais par Amélie Audibert. Paris: Gallimard, 1984.

George Orwell



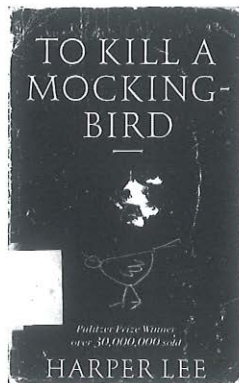
[41] Golding, William, 1911-1993

El señor de las moscas / William Golding; traductor Carmen Vergara. Madrid: Alianza, 1972.



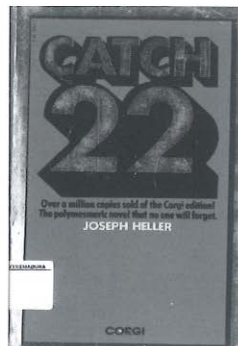
[42] Lee, Harper

To kill a mocking-bird / Harper Lee. Reprint. London: Mandarin 1993.



[43] Heller, Joseph, 1923-1999

Catch-22 / Joseph Heller. London: Corgi-Books, 1977.



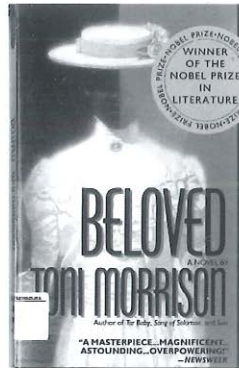
[44] Burgess, Anthony, 1917-1993

La naranja mecánica / Anthony Burgess. 2a ed. Barcelona: Minotauro, 1994.

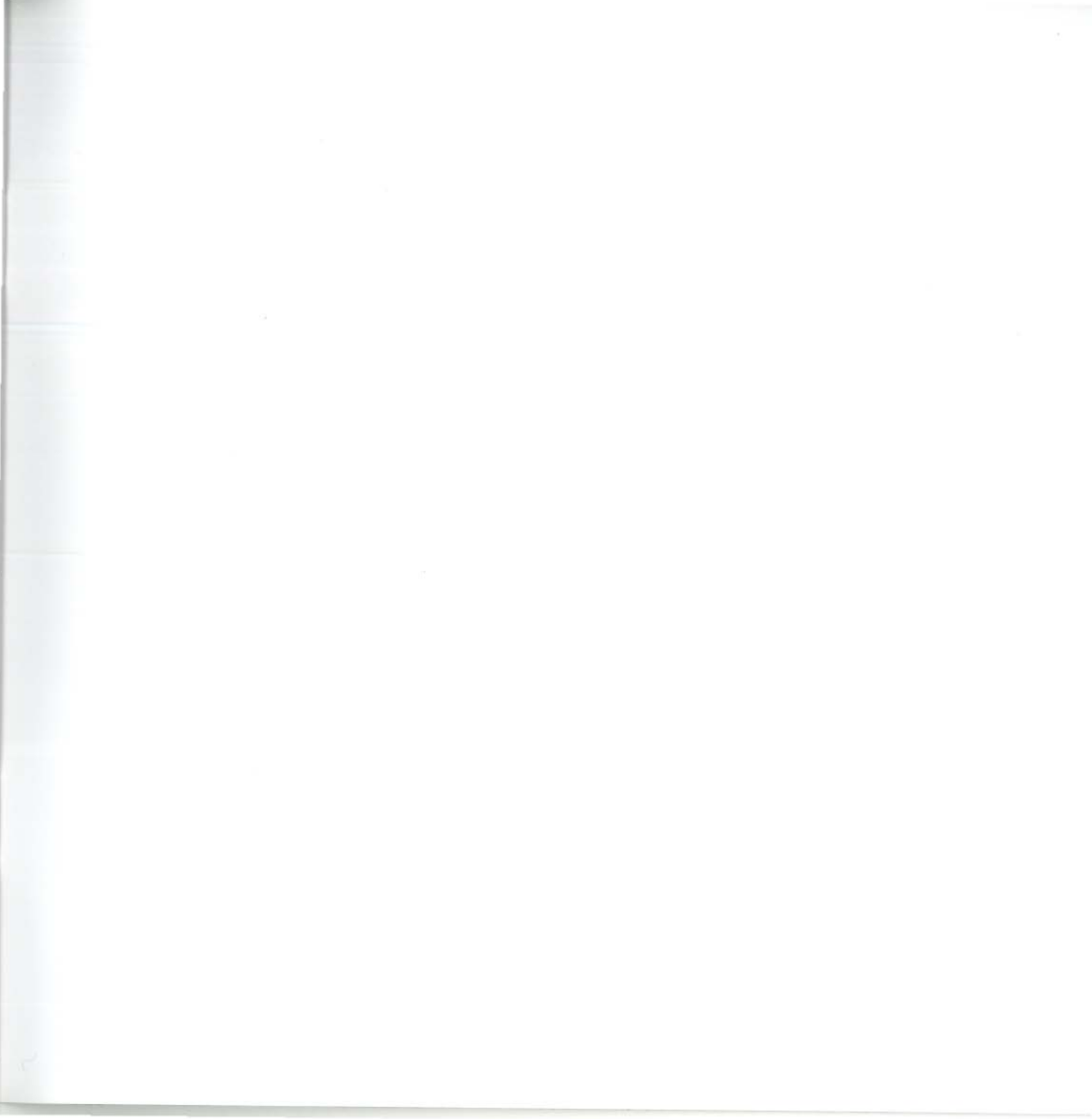


[45] Morrison, Toni

Beloved / a novel by Toni Morrison. New York: Plume Book, 1988.









**Servicio de Biblioteca, Archivos y
Documentación
Vicerrectorado de Extensión Universitaria**